

EL APOSTOLADO INTELECTUAL EN LA MISIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS *

por P. ARRUPE, S.J. (Roma)

Os dirijo esta carta sobre el apostolado intelectual por dos razones principales.

Primero, porque debo poner de relieve la importancia que tiene para que la Compañía de Jesús pueda llevar a cabo su misión hoy. No faltan quienes lo han puesto en duda preguntándose si el apostolado intelectual sigue teniendo cabida en la Compañía después de la Congregación General 32. Es cierto que esta desconfianza se ha atenuado a medida de que se ha ido profundizando en el conocimiento de los decretos de esta Congregación General. Sin embargo, la responsabilidad que tengo de procurar que la Compañía de Jesús cumpla cada vez mejor su misión, me impulsa a insistir en la necesidad de aportar nuevas energías al apostolado intelectual hoy. De esto tratará la primera parte de mi carta.

La segunda razón —quizás más importante en la práctica— es que la Congregación General 32 se hizo algunas preguntas acerca del apostolado intelectual y señaló algunas directrices para quienes han de embarcarse en él. Me siento obligado a comentarlas y a subrayar algunas de ellas. Este será el tema de la segunda parte.

Aunque la carta va dirigida ante todo a los que están directamente dedicados al apostolado intelectual, se la envío a todos los jesuitas porque todos deben darse cuenta del puesto que a este apostolado corresponde en el conjunto de nuestros compromisos y porque, en definitiva, la misión de la Compañía no es más que una, y en ella se engloba cualquier tarea apostólica¹.

* Nota de la Dirección de la Revista: pensamos que esta carta del P. Arrupe, dirigida el día de Navidad de 1976 a toda la Compañía de Jesús, tiene todavía mucha actualidad, y es de interés general. Por ello la publicamos en la revista de nuestras Facultades de Teología y de Filosofía. Las notas que le hemos añadido se refieren a documentos posteriores a la publicación original de la carta, o precisan el alcance actual de las afirmaciones del P. Arrupe. A veces también damos las citas —íntegras o parciales— hechas por el P. Arrupe, porque pensamos que es una documentación que no está fácilmente al alcance de muchos de nuestros lectores.

¹ N. de la D.: Con esta observación, el P. Arrupe trasciende la división que nosotros solemos hacer, incluso en la Iglesia, entre "pastoralistas" e "intelectuales", entre congregaciones religiosas "insertas en el pueblo" y las que siguen con los colegios y universidades, etc., etc. Estas "divisiones" —y otras similares— separan lo que Dios ha unido (cfr. Mc.10,9: "Lo que Dios unió, no lo separe el hombre"): en la Iglesia —y, por tanto, tam-

Otra advertencia preliminar. Algunos esperarían, quizás, que comenzase esta carta definiendo qué es el “apostolado intelectual”. Me temo que no conseguiría una definición capaz de satisfacer a todos, ni que pudiese objetivar su rica complejidad. Me contentaré, por tanto, con decir sencillamente qué entiendo cuando uso esa expresión.

Me refiero tanto al apostolado que se ejerce *mediante actividades intelectuales* como el apostolado *entre los intelectuales*. Pienso en nuestros profesionales de las ciencias, la investigación, la reflexión, la literatura o el arte, en los dedicados a tareas docentes o formativas, en nuestros publicistas, aun a nivel de vulgarización. Y cuando digo “intelectuales” aludo a los pensadores, investigadores, hombres de ciencia, a los profesionales de cualquier actividad típicamente intelectual². Abarco también el mundo de los jóvenes que se preparan

bién en la Compañía de Jesús y en toda congregación religiosa, masculina, o femenina— hay “diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo...” (cfr. 1 Co. 12,5), y así “...no puede el ojo decir a la mano: ¡no te necesito!, ni la cabeza a los pies, ¡no os necesito!” (*ibidem*, 12,21). Como dirá luego el P. Arrupe, en su homilía del día de San Ignacio (en Lima, durante una reunión de Provinciales de América Latina) en la Iglesia —y en cualquier congregación religiosa— se dan dos niveles: uno, es de la *común pertenencia al cuerpo*, y el otro el de la *diversidad o pluralismo* (de carisma personal, de apostolado... y de medios apostólicos preferenciales) en la actividad apostólica; y “...*sólo situados* en la perspectiva —de la común pertenencia, eclesial o religiosa— nos sentiremos *capaces de abordar* (y de resolver adecuadamente) todas nuestras diversidades...”. La perspectiva de “cuerpo” es anterior a toda diversidad, así como el “mandato del Señor” (cfr. Jn. 15,12: “este es el mandamiento mío...”) es “el mayor y el primer mandamiento...” (cfr. Mt. 22,38). Por esta razón el P. Arrupe, como acaba de decir en el texto, se dirige no sólo “...a los que están directamente dedicados al apostolado intelectual”, sino también “a todos los jesuitas, porque todos deben darse cuenta del puesto que a este apostolado corresponde en el conjunto de nuestros compromisos...”.

² N. de la D.: Al ampliar en esta forma su concepto de “apostolado intelectual”, el P. Arrupe apunta a corregir una tendencia malsana, advertida en la Iglesia después del Vaticano II, no por causa de él, sino por una lectura “reduccionista” del mismo. La manifestación más extrema de esta tendencia —acentuada después del Sínodo de los Obispos sobre “La Justicia en el mundo” y, en América Latina aún antes, o sea, después de la Conferencia del Episcopado en Medellín— ha sido, en muchas congregaciones religiosas, *el abandono total* del apostolado en colegios, o *su radicación exclusiva* en ambientes pobres o miserables, y también *la excesiva acentuación del apostolado educativo a-sistemático* (fuera de toda institución); Por ello la misma Iglesia, en un documento publicado hace más de un año por la Sagrada Congregación para la Educación Católica, ha hablado en estos términos del abandono de las escuelas por parte de algunos institutos religiosos: “Es necesario revisar ciertas motivaciones, aducidas contra la enseñanza, olvidando la excelencia y el valor apostólico de la actividad educativa en la escuela. Algunas veces se pretende justificar el abandono de las escuelas católicas por un motivo de ineficacia, al menos aparente, en la consecución de ciertos objetivos... La Iglesia (en cambio)

intelectualmente, sobre todo en los niveles superiores, aunque el adiestramiento intelectual comience ya, por lo menos, en la enseñanza secundaria.

I— El apostolado intelectual entre las opciones actuales de la Compañía de Jesús

¿Qué relación existe entre “apostolado intelectual” y “misión de la Compañía” hoy? ¿Qué nivel hay que atribuir a este apostolado en nuestra escala de actividades en la actualidad?

1. Crisis y cambio en el mundo intelectual y cultural

Creo que es fácil contestar esas preguntas si sabemos intuir la realidad actual. Baste recordar el diagnóstico que de ella hizo la Congregación General 32: grave situación de injusticia y, en no menor medida, de profunda crisis y transformación intelectual.

La Congregación señaló este segundo componente ya desde el comienzo del Decreto 4, al decir que “buen número de nuestros contemporáneos están fascinados, incluso dominados, por los poderes de la razón humana”³, y al describir más adelante el impacto de los avances tecnológicos y de las ciencias humanas⁴.

Esta “mutación cultural y socio-estructural” está íntimamente relacionada con la “secularización”⁵.

2. Dimensión de las opciones-claves

Este cuadro adquiere perfiles aún más concretos cuando la Congregación General pasa a señalar las tareas prioritarias que se dedu-

mira con renovada confianza y esperanza a los institutos religiosos que, fieles a un carisma específico suscitado por el Espíritu Santo en la Iglesia, se dedican a la educación cristiana de la juventud para que, con fidelidad dinámica al carisma de sus fundadores, contribuyan a la actividad educativa y apostólica en las escuelas católicas, sin dejarse desviar por actividades apostólicas que, muchas veces, sólo en apariencia son más eficaces” (OR. IX [1977], n.31, p. 10, col. 4ª y p. 11, cols. 3ª y 4ª). Y la reciente Conferencia de Puebla, ha puesto especial cuidado en acentuar que *la opción por los pobres*, en la que en gran parte se basaban los cambios del carisma fundacional y el abandono de las escuelas católicas por parte de muchas congregaciones religiosas, es solo una opción *preferencial*, pero no exclusivista ni exclusiva (cfr. Conferencia de Puebla, nn.1134-1165; y a continuación, nn.1166-1205, habla de la otra opción, igualmente preferencial, por los jóvenes).

³ Cfr. CG.32, Decreto 4, n.5.

⁴ *Ibidem*, n.25.

⁵ *Ibidem*, n.26.

cen de este diagnóstico: el servicio de la fe y la promoción de la justicia. Ambas son presentadas con una importante componente intelectual.

Comencemos con el *servicio de la fe*. La Congregación nos dice que tenemos que trabajar “en la búsqueda de un nuevo lenguaje, unos nuevos símbolos”⁶, en la renovación y adaptación de las “estructuras de la reflexión teológica, de la catequesis, de la liturgia y de la acción pastoral”⁷ y en el estudio de “los graves problemas a los que la Iglesia y la Humanidad deben hoy hacer frente”⁸.

Promoción de la justicia: exige que “estemos dispuestos a consagrarnos a los estudios austeros y profundizados que se requieren cada vez más para comprender y resolver los problemas contemporáneos”⁹. La Congregación General, además, insiste en la injusticia de las estructuras¹⁰. Ahora bien, ¿cómo es posible analizar esas estructuras e idear su reforma sin un estudio a fondo?

3. Una objeción

Pero ¿no cabe arguir que, a pesar de esas exigencias, la Congregación General 32 corre el peligro de alejarnos del mundo intelectual y minusvalorar ese apostolado al haber mostrado tal preferencia por “el servicio de los pobres”¹¹ y desear que nos solidaricemos activamente con “los sin voz y los sin poder”¹².

⁶ *Ibidem*, n. 26.

⁷ *Ibidem*, n. 54.

⁸ *Ibidem*, n. 60. N. de la D.: En este párrafo del Decreto 4 la Congregación General asume las orientaciones dadas por el P. Arrupe, en el año 1970, a la Congregación de los Procuradores de las diversas Provincias. Estas orientaciones privilegiaban, en el apostolado de la Compañía de Jesús, la reflexión teológica, la acción social, la educación y los medios de comunicación social como instrumentos del anuncio del Evangelio. No eran orientaciones independientes entre sí, “sino más bien aspectos complementarios de un único esfuerzo apostólico, convergiendo todos ellos hacia la promoción integral del hombre” (CG.32, Decreto 4, n.61).

⁹ *Ibidem*, n. 35 (cfr. n.44: “en ningún caso podemos dispersarnos de un análisis, lo más riguroso posible, de la situación desde el punto de vista social y político. A este análisis es preciso aplicar las ciencias tanto sagradas como profanas y las diversas disciplinas especulativas o prácticas; y todo esto requiere estudios profundos y especializados...”).

¹⁰ *Ibidem*, nn. 31,40.

¹¹ *Ibidem*, n. 60. N. de la D.: en este texto se habla de “privilegiar el servicio de los pobres y oprimidos”; pero, como acabamos de indicar (cfr. nota 8), es una orientación que debe integrarse con las otras tres orientaciones —reflexión teológica, educación y medios de comunicación social—, igualmente “privilegiadas”, porque las cuatro orientaciones son “aspectos complementarios de un único esfuerzo apostólico, convergiendo todas ellas hacia la promoción integral del hombre”.

¹² *Ibidem*, n. 42. N. de la D.: incluso este párrafo de la Congregación General, como saliendo al paso de un malentendido, nos recuerda

La respuesta a esta dificultad debe ir muy matizada. Efectivamente, mal podremos servir a los pobres si no tenemos con ellos un estrecho contacto y nos falta un mínimo de experiencia acerca de su vida.

Sin embargo no es menos cierto que precisamente para promover la justicia y servir a los pobres, tendremos también que dirigir nuestra actividad a quienes “tienen responsabilidad o influencia sobre las estructuras”¹³, a los que pueden llegar a ser “agentes de transformación social” o “multiplicadores para el proceso mismo de educación del mundo”¹⁴. Ahora bien, los intelectuales figuran entre quienes tienen influencia social. Y buena parte de los agentes de transformación social sigue reclutándose, aunque no exclusivamente, entre la juventud que estudia¹⁵.

que debemos “asumir las responsabilidades *específicamente nuestras* en el orden social”; o sea, que la respuesta de la Compañía de Jesús, como “cuerpo apostólico”, debe corresponder a su carisma específico. De aquí que, como dirá más adelante el P. Arrupe en esta misma carta, la Compañía de Jesús, como “cuerpo”, no respetaría *la dimensión intelectual, inherente a nuestras opciones apostólicas preferenciales*, si no destinara un significativo contingente de los jesuitas a trabajar específicamente en tareas de investigación y ciencia y, en términos generales, en un apostolado explícitamente intelectual”. Según esto, la “dimensión intelectual” especifica nuestro carisma apostólico, y no puede faltar en ninguna opción jesuita.

¹³ *Ibidem*, n. 40. N. de la D.: el texto completo nos dice que “las estructuras sociales —de día en día se adquiere de ello mayor conciencia— contribuyen a modelar al mundo y al mismo hombre, hasta en sus ideas y sus sentimientos, en lo más íntimo de sus deseos y aspiraciones. La transformación de las estructuras en busca de la liberación tanto espiritual como material del hombre queda así estrechamente ligada para nosotros con la obra de la evangelización, *aunque esto no nos dispensa nunca de trabajar directamente con las personas mismas, con quienes son las víctimas de las injusticias de las estructuras y con quienes tienen sobre éstas cualquier responsabilidad o influencia*”.

¹⁴ *Ibidem*, n. 60. N. de la D.: en este texto de la Congregación General 32, citado por el P. Arrupe, se advierte nuevamente que “la promoción de la justicia *no constituye*, para nosotros, *un campo apostólico entre otros*, el del apostolado social, (*sino que*) debe ser *una preocupación de toda nuestra vida y constituir una dimensión de todas nuestras tareas apostólicas*” (cfr. CG.32, Decreto 4, n. 47).

¹⁵ N. de la D.: la opción por los pobres que ha hecho la CG.32 es, como la de la Conferencia Latinoamericana en Puebla, preferencial, pero no exclusiva ni excluyente de los otros objetivos apostólicos (véase más arriba, nota 2). En realidad el término “preferencial” es más rico de lo que a primera vista puede creerse. Si se lo aplica a la “opción” que se hace, significa que, en la selección de los ministerios, se atiende preferentemente a los pobres (a los sociológicamente tales). En cambio, si se mira al “objetivo” de nuestros ministerios, todos, sin excluir ninguno, deben tener en vista todas las carencias (incluso las que se dan entre los favorecidos de bienes de fortuna, pero que no están favorecidos de bienes espirituales); y, de un modo preferencial, las carencias de dinero, habita-

4. La invitación a la seriedad intelectual

Llama la atención que la mayor seriedad intelectual posible sea exigencia de la Congregación General para cualquier actividad del Jesuita, sin que quepa reducir a esto el mensaje de la Congregación, ni siquiera en sus más explícitas formulaciones. Pero al mencionar las áreas privilegiadas de nuestro apostolado, apunta dos que tienen estrecha relación con el apostolado intelectual: la educación de la juventud (“que hay que proseguir e intensificar”) y la “investigación y reflexión teológica”¹⁶.

La Congregación General, además, hace expresa referencia a los decretos de la Congregación General 31, algunos de los cuales versan sobre el apostolado intelectual¹⁷. Con ello reitera la declaración de que es urgente dedicar sacerdotes a “la investigación científica o la enseñanza, especialmente la de las ciencias sagradas”... “forma auténtica del apostolado de los sacerdotes de la Compañía”¹⁸.

Aun independientemente de esas citas, es claro que la Compañía, en cuanto “cuerpo”, no respetaría la dimensión intelectual inherente a nuestras opciones apostólicas preferenciales si no destinara un significativo contingente de jesuitas a trabajar primaria y específicamente en tareas de investigación y ciencia, y en términos generales, en un apostolado explícitamente intelectual¹⁹.

ción, educación, etc., etc. Es interesante notar que la Conferencia de Puebla, al hablar de “la opción preferencial por los pobres”, no se olvida de decir una palabra sobre “la pobreza evangélica”, que no es la “socio-económica”, sino la “pobreza de espíritu (cfr. Conferencia de Puebla, nn. 1148-1152). Y esta pobreza evangélica debe ser predicada tanto al rico como al socio-económicamente pobre, porque a todos hace bien: a los socio-económicamente pobres, los libra de ser individualistas en sus vidas y de ser atraídos y seducidos por los falsos ideales de una sociedad de consumo; y a los ricos que tienen el corazón apegado a las riquezas, los convierte y los libera de esta esclavitud y de este egoísmo (*ibidem*, nn. 1153-1156). La Conferencia de Puebla, refiriéndose a la opción preferencial por los pobres, nos dice que ésta “...tiene como objetivo el anuncio de Cristo Salvador que los iluminará —a los socio-económicamente pobres— sobre su dignidad, los ayudará en sus esfuerzos de liberación de todas las carencias y los llevará a una comunión con el Padre y con los hermanos, mediante la vivencia de la pobreza evangélica” (*ibidem*, n. 1153).

¹⁶ *Ibidem*, n. 60 (véase más arriba, nota 11).

¹⁷ CG.31, Decreto 28 (sobre “el apostolado de la educación”), 29 (sobre “la investigación científica”) y 30 (sobre “las artes”).

¹⁸ Cfr. CG.31, Decreto 23, n. 8.

¹⁹ N. de la D.: lo que el P. Arrupe quiere recordar es que la “misión” la recibe solidariamente el “cuerpo”, y no cada uno de los miembros del mismo. Consecuentemente una “opción” apostólica debe ser asumida, por cada miembro, sin perder nunca de vista la especificidad del carisma del “cuerpo”. Ahora bien, el P. Arrupe afirma aquí que “la Compañía de Jesús, en cuanto cuerpo, tiene como especificidad una “dimensión intelectual”; y de aquí que, “si no destinara un contingente significativo de je-

Por lo demás, en no pocos casos, el marco ideal para esta actividad no podrá ser otro que el de centros perfectamente organizados, universidades, institutos de investigación, colegios, revistas...

5. Recomendaciones de Paulo VI

Para concluir, y habiendo escuchado ya a la Congregación General, debemos recordar que nuestra misión nos viene de más arriba. Ahora bien, algunas expresiones del Papa, a cuya luz hemos de interpretar incluso la misma Congregación, inciden significativamente sobre este tema.

Por ejemplo: en su Discurso del 3 de diciembre de 1974, cuando describe a nuestra Compañía como “Compañía de ‘enviados’ de la Iglesia”, puntualiza acto seguido que de ello se sigue “la investigación y la enseñanza teológicas... el apostolado de las publicaciones y ediciones... el apostolado social y la actividad intelectual y cultural que desde las escuelas para la formación integral abarca todos los grados de la formación universitaria y de la investigación científica”. Pocas líneas después, en el mismo discurso, recordáis cómo el Papa reconocía como distintivo propio de la Compañía el hecho de que “incluso en los campos más difíciles y de primera línea, en los cruces de las ideologías, en las trincheras sociales, donde quiera ha habido o hay confrontación entre las exigencias urgentes del hombre y el mensaje cristiano, allí han estado y están los jesuitas²⁰. Ciertamente que en esta cita no se trata exclusivamente del apostolado intelectual. Pero es innegable que éste ocupa un puesto relevante en el pensamiento del Santo Padre.

No dejó Pablo VI pasar la ocasión de recordarnos el encargo que nos confiara en 1965 acerca del ateísmo. Encargo cuyo cumplimiento, al menos en parte, pasa a través de un apostolado intelectual.

El 6 de agosto de 1975, en la audiencia concedida a los Rectores y Presidentes de las Universidades de la Compañía, confirma de nuevo la “grave misión” que incumbe a la Compañía en el campo de la “cultura moderna”²¹.

6. El tema queda abierto...

Esta carta no pretende ser un tratado, ni aspira a exponer en toda su profundidad teológica la relación entre inteligencia-conocimiento y fe-evangelización. Confío esta tarea a aquellos de vosotros que han reflexionado sobre el tema. Una cosa queda clara: la misión que hemos recibido y nuestras propias opciones actuales exigen que nos comprometamos en serio en variadas formas de apostolado intelectual.

suitas a trabajar primaria y específicamente en tareas de investigación y ciencia y, en términos generales, en un apostolado explícitamente intelectual”, no respetaría esa dimensión específica de su carisma corporativo.

²⁰ Cfr. OR. VI (1974), n. 49, p. 9, col. 1ª.

²¹ Cfr. OR. VII (1974), n. 35, p. 4.

II — Orientaciones de la Congregación General 32 sobre el apostolado intelectual

¿Se deduce de cuánto llevamos dicho que hemos de seguir adelante con cuanto venimos haciendo, limitándonos sencillamente a revigorar lo que pudiera haber decaído, o que tendremos que lanzarnos a acometer obras nuevas y reestructurar las actuales?

Ambas cosas, diría yo, según los casos. Y ello en virtud de un ponderado discernimiento para el que la Congregación General ha fijado algunos criterios que añadir a los que ya están en las Constituciones.

El apostolado intelectual —como cualquier otra forma de nuestra actividad apostólica— debe ser sometido a revisión²² y los jesuitas que a él se consagran tienen que hacerse las mismas preguntas que la Congregación fija para todos²³. Con todo, hay algunos puntos concretos en los que, sin pretender ser exhaustivo, querría detenerme un poco.

1. Selección de áreas y especialidades

Ante todo la selección del área de nuestro apostolado intelectual debe hacerse en función de los criterios prioritarios determinados por la Congregación General: el servicio de la fe y la promoción de la justicia. Y esos mismos criterios han de condicionar la orientación hacia ese apostolado a nuestros jóvenes que tengan cualidades para él. Porque no cualquier tipo de quehacer intelectual o de investigación encaja de la misma manera en nuestra misión. Y, por otra parte, todavía no estamos eficazmente presentes en algunas áreas del mundo intelectual donde deberíamos hallarnos en virtud de las opciones de la última Congregación General.

En cuanto a las especialidades, nuestros criterios reservan los primeros puestos a las ciencias sagradas —exégesis, teología, moral, espiritualidad...— tal como lo pedía ya la Congregación General 31²⁴.

²² CG.32, Decreto 4, nn. 70 y ss.

²³ Ibidem, n. 74: “¿Dónde vivimos?, ¿dónde trabajamos?, ¿cómo?, ¿con quiénes? ¿Cuáles son eventualmente nuestras connivencias, dependencias o compromisos respecto de las ideologías y de los poderes? ¿Sabemos hablar de Jesucristo a hombres aún no convertidos?, etc. Todo esto, a la vez, en el plano personal, comunitario e institucional”.

²⁴ CG.31, Decreto 29, n. 1 b. N. de la D.: acaba de decir la CG.31 que “aprecien en gran manera los jesuitas el trabajo científico, y en especial el de la auténtica investigación, y considérenlo como uno de los ministerios de la Compañía más necesarios”; y a continuación añade que “esto se ha de entender sobre todo de las ciencias sagradas y de las que están más directamente unidas con ellas; y éstas deben ocupar el primer lugar en la actividad científica de la Compañía de Jesús. Pero también se debe decir lo mismo de las ciencias llamadas positivas, tanto las que se ocupan del hombre y de la sociedad, como las matemático-naturales y las técnicas que se derivan de ellas y que tan profundamente penetran en la mentalidad de nuestro tiempo”.

Nuestra responsabilidad es tanto mayor cuanto no son muchos los que pueden prestar este servicio a la Iglesia.

La Filosofía —respecto a la cual deberemos revisar nuestra situación en más de un sitio— sigue en el orden de preferencias, junto con las ciencias antropológicas y, concretamente, las sociales²⁵.

Sigue siendo conveniente que algunos de los Nuestros se dediquen a otras ramas de las ciencias, a las matemáticas, a las ciencias naturales. Su elección ha de ir precedida de un discernimiento más exigente que el utilizado en el caso de la teología y ciencias humanas que son opciones preferentes. Más de una razón hay para ello... Recordemos que ya la CG 31 reconocía la influencia de las ciencias matemáticas y naturales (aunque a veces se necesite la mediación de los filósofos y vulgarizadores) en la formación de la “mentalidad moderna”. Y, ¿cómo vamos a poder llevar a cabo una reflexión teológica que les sea inteligible sin un profundo conocimiento de las raíces científicas de esa mentalidad? Más aún: ¿cómo hacer presente la Iglesia y mantener los indispensables contactos personales en un sector mundial de tan vital importancia como el científico y técnico sin conceder a las ciencias el valor que les corresponda? No olvidemos, además, que las conquistas de las ciencias exactas y naturales son con frecuencia excelentes aportaciones a la victoria contra calamidades y miserias de todo tipo. La caridad también llama por aquí.

Claro que no podemos hacerlo todo. No daríamos abasto y caeríamos en la dispersión. Pero debemos tener ante los ojos el amplio abanico de posibilidades que se abre ante nuestro apostolado y la lista de áreas de trabajo que —en función de las necesidades y de nuestros recursos— son compatibles con nuestra vocación. Sé que a lo citado hasta ahora habría que añadir el mundo de la literatura y de las artes, y el de los medios de comunicación, sectores todos ellos en que la colaboración entre los jesuitas ha experimentado en los últimos tiempos un consolador incremento.

Para una elección más segura habrá que tener en cuenta el talento y la vocación personal y discernir qué es lo más urgente en tal o cual circunstancia y qué es lo más necesario en una perspectiva de futuro.

Agradecería que aquellos que por dominar amplios sectores culturales están capacitados para hacer sugerencias a propósito de nuestras opciones, quieran comunicárnelas para bien de todos.

2. Investigación, enseñanza y otras formas de presencia entre los intelectuales

Idénticos criterios deben inspirar también la distribución y justo equilibrio de nuestras fuerzas entre investigación, enseñanza y otras formas de presencia apostólica entre los intelectuales.

La investigación apunta a largo plazo, criterio siempre privilegia-

²⁵ CG.31, Decreto 23, n. 8 y CG.32, Decreto 4, nn. 35 y 44.

do en la Compañía²⁶. La educación de la juventud, en la mente de la Congregación General 31, es uno de “los campos en que está en juego toda la persona humana”²⁷, afirmación no desmentida por la Congregación General 32²⁸. En cuanto a otras formas de presencia apostólica entre los intelectuales, su importancia deriva de que permite establecer trascendentales contactos con hombres y mujeres que tienen un influjo enorme sobre sus contemporáneos, por no decir sobre toda la sociedad y sus estructuras.

Permitaseme añadir que todo centro de estudios superiores dirigido por la Compañía de Jesús —muy especialmente los de estudios teológicos y filosóficos— tienen la responsabilidad de mantener en un alto nivel no sólo docente, sino también de investigación, al menos en una especialidad cuidadosamente elegida. Y los programas de esta investigación deberán ser sometidos a constante evaluación no menos que los programas docentes.

Por lo que toca al apostolado *entre* los intelectuales —que ni es actividad científica a jornada completa ni actividad docente propiamente dicha— querría señalar que es importantísimo que los que se dedican a él tengan una suficiente preparación, incluso científica, en la materia que cultivan aquellos entre quienes se mueven y que actualicen constantemente sus conocimientos —y también los teológicos— para mantenerse a la altura de los problemas que se les presenten.

3. Formación continua de los operarios intelectuales

Ni siquiera los investigadores y docentes están inmunizados contra el inexorable envejecimiento de la primera formación. Todos, pues, deberían hacerse esta pregunta: ¿he abandonado en todo o en parte

²⁶ Las “obras... más durables”, de las que hablan las Constituciones de la Compañía de Jesús. N. del E.: en igualdad de las demás circunstancias, S. Ignacio prefiere las “obras... más durables y que siempre han de aprovechar” respecto de “otras menos durables, que pocas veces y por poco tiempo ayudan... Y así el Preósito General de la Compañía debe más emplear los suyos en ellas que en las otras, todo por ser así más servicio divino y más bien de los prójimos (Cont. 623).

²⁷ CG.31, Decreto 23, n. 8.

²⁸ CG.32, Decreto 4, n. 60. N. de la D.: dice así este texto: “Concretamente esto —o sea, la consideración de los medios apostólicos que permiten un servicio más universal del hombre, porque llegan a sus necesidades más profundas— nos llevará ...a proseguir e intensificar la obra de la formación, revisándola sin cesar en todo el sector de la educación. Es preciso preparar a jóvenes y adultos para empeñarse en una existencia y una acción en favor de los otros y con los otros, de cara a la edificación de un mundo más justo. Es preciso también, muy particularmente, dar a los alumnos cristianos una formación tal que, animados por una fe madura y personalmente adheridos a Jesucristo, sepan encontrarle a El en los otros y, habiéndole reconocido en ellos, le sirvan en su prójimo. Contribuiremos así a la formación de multiplicadores para el proceso mismo de educación del mundo”.

el estudio serio y mi puesta al día intelectual, y quizás también la espiritual, desde que acabé mi doctorado o poco después?

La llamada de la Congregación General 32 a la formación continúa²⁹ no va dirigida sólo a los operarios dedicados, al ministerio pastoral. Esta formación continua del jesuita intelectual, reconozcámoslo, requiere, entre otras cosas, una percepción muy fina de la evolución de la teología y, en no menor medida, capacidad de asimilación de cuanto otros hermanos nuestros experimentan en sus contactos más directos, o más numerosos, o más diversificados, con todo tipo de gente, incluso la sencilla.

4. Colaboración, trabajo interdisciplinar y multidisciplinar

Las dos últimas Congregaciones Generales han puesto de relieve también la importancia de la colaboración de jesuitas que cultivan especialidades diferentes, y de la investigación interdisciplinar³⁰. Sabemos cuán difícil es en la práctica un trabajo interdisciplinar que supere la superficialidad. Puede ocurrir, incluso, que se comience a trabajar sin que cada uno vea claro y acepte los planteos de otra disciplina que no sea la suya. He de hacer constar que la Compañía de Jesús necesita investigadores de un tipo nuevo: con gran capacidad de síntesis que les permita presentar soluciones globales, de fondo, articuladas, que son las que necesitan los grandes problemas actuales de la humanidad. Hará falta también, hablando en general, superar nuestro individualismo y el egocentrismo de quien se encastilla en su propia especialidad.

Hemos de tener especial cuidado al analizar una situación local concreta a la luz de varias disciplinas. No será suficiente el contar con especialistas en varias cosas, sino que junto a quienes enfocan el problema desde un ángulo intelectual hay que tener en cuenta a aquellos

²⁹ CG.32, Decreto 6, nn. 18-20,35. N. de la D.: el primer texto citado nos dice que “en nuestro tiempo principalmente, en que las condiciones de las cosas están sujetas a rápidos cambios y evolución y se desarrollan continuamente nuevas cuestiones y nuevos conocimientos lo mismo en otras ciencias que en la teología, un apostolado adaptado —a las circunstancias— exige de nosotros un proceso de formación y la misma formación “primera” debe ordenarse a esta formación continua”. Y el último número citado recomienda a los Provinciales el proveer, “...en cuanto puedan y según las exigencias apostólicas de cada región o Provincia, a la renovación espiritual, intelectual y apostólica de todos los jesuitas”. Y en esta formación continua tiene más importancia “la constante evaluación y reflexión sobre el propio apostolado a la luz de la fe y con la ayuda de la comunidad apostólica, y también con la cooperación de los profesores ...o de los peritos que con su ciencia iluminan la práctica, y ellos mismos son llevados por la experiencia de sus compañeros a una reflexión más profunda...” (ibidem, n. 19), sin negar por eso las ventajas de “un tiempo especial dedicado a seguir algunos cursos o a consagrarse al estudio privado... necesario para el propio apostolado” (ibidem, n. 20).

³⁰ CG.31, Decreto 3, n. 14 y CG.32, Decreto 4, n. 60.

que lo conocen existencialmente, por ejemplo desde la experiencia real de la pobreza.

Dada la diversificación de especializaciones de nuestros intelectuales, la extensión geográfica de la Compañía de Jesús, la amplitud de contactos con grupos y culturas tan diversas, tenemos posibilidades excepcionales para actividades interdisciplinarias. Y por lo mismo nuestra responsabilidad es mayor y estamos tanto más obligados a colaborar como cuerpo a la solución de los “grandes problemas con que hoy se enfrentan la Humanidad y la Iglesia” y que con tanta instancia nos ha recomendado la Congregación General 32; problemas que casi siempre son multidisciplinarios. ¡Y cuántas veces intentamos resolverlos de manera claramente insuficiente porque los atacamos sólo desde el ángulo de nuestra propia especialidad!

5. *Conservar la sensibilidad y la sencillez*

Otra cualidad indispensable del apostolado intelectual de hoy es una gran sensibilidad hacia los hombres de cualquier clase, incluso las menos consideradas.

Para ello es necesario que cese en nosotros —y contribuir a que cese en torno nuestro— la arrogancia, el desprecio por los no-intelectuales y cierta insensibilidad que, como consecuencia de “la objetividad científica”, puede afectar a veces a los intelectuales.

Es ilusorio aspirar a abolir toda diferencia entre las profesiones humanas: la intelectual y la manual, por ejemplo. Pero es justo exigir que desaparezca el orgullo o el desprecio que van asociados a esas diferencias, y que se supriman los privilegios que se fundan en ellas. ¿No ha recibido de la sociedad cuanto tiene cada uno de nosotros? ¿Y no caemos frecuentemente, aun nosotros los jesuitas, en esa presunción de superioridad? ¿No nos aprovechamos, llegado el caso, de lo que prácticamente es un privilegio, cuando lo que de nosotros se esperaba era un ejemplo de lo contrario?

6. *Testimonio de pobreza en el apostolado intelectual*

El tema que tratamos no queda al margen de esa profesión de pobreza que la Congregación General quiere que vivamos con mayor perfección. Las dimensiones de la pobreza no son materiales solamente. O, si se prefiere, existe también una pobreza de espíritu que es el tener que poner a disposición de todos cuanto hemos recibido: exigencia de modestia, de colaboración, de generosidad en comunicar nuestro saber, de acoger a los pequeños³¹.

³¹ N. de la D.: no hay oposición entre la visión “espiritual” de la pobreza, propia por ejemplo del evangelista S. Mateo, y la visión “socioeconómica” de la misma pobreza, que caracteriza al evangelista S. Lucas, sino complementariedad de ambas visiones. Incluso S. Lucas, después de haber narrado el llamado, a un joven, rico en bienes de fortuna, a venderlo todo y darlo a los pobres (socioeconómicamente tales; cfr. Lc.18,22), pone,

Por otra parte, según la Congregación General 32, “la solidaridad con los hombres que llevan una vida difícil y son colectivamente oprimidos no puede ser asunto solamente de algunos jesuitas”³². Aplicándolo a nuestro caso: incumbe también a los que se dedican al apostolado intelectual. Quizás no sean ellos quienes tengan que “participar más de cerca la suerte de las familias de ingresos modestos”, aunque no faltarán quienes se sientan inspirados a hacer compatible esa participación y una vida de intenso trabajo intelectual. Yo querría animarlos a descubrir ese nuevo estilo de compromiso apostólico intelectual. Pero a todos los jesuitas intelectuales, como a todos los demás, afecta al menos el llamamiento a una conversión de su estilo o modo de vida. Aun reconociendo las legítimas necesidades del trabajo propio de un intelectual, no hay por qué vivir en todo como aquellos con quienes trabajamos. No faltan intelectuales, de credos muy diferentes, que lejos de comportarse como gente de recursos, dan en esto un magnífico ejemplo. Y nosotros, jesuitas, ansiosos de identificarnos con el “Cristo pobre que se identificó con los desposeídos”³³, ¿podremos quedarnos atrás?

Un testimonio de pobreza adaptado a las circunstancias es no sólo posible, sino necesario en el apostolado intelectual.

7. *Fidelidad a las motivaciones evangélicas y apostólicas*

Finalmente, somos religiosos apóstoles y, muchos de nosotros, sacerdotes. Es este título de apóstoles y sacerdotes, como he dicho, el que justifica nuestro acceso a la investigación, a la ciencia como profesión, a la enseñanza superior o a cualquiera otra forma de servicio apostólico en el mundo intelectual. Pero no basta que sea bueno el punto de arranque. Es menester mantener ese equilibrio vivencial a lo largo del tiempo.

Los que se dedican al apostolado intelectual, siguiendo en ello el consejo de la Congregación General 31, deben “guardarse de la tentación de creer de que servirían a Dios de modo más adecuado en otras

en boca del mismo Señor que acaba de aconsejar a este joven el dejarlo todo, esta paradójica afirmación: “Yo os aseguro que nadie que *haya dejado* casa, mujer, hermanos, padres o hijos por el Reino de Dios, *quedará sin recibir mucho más* al presente...” (cfr. Lc.18,29-30). ¿Cómo es posible —podría preguntarse un lector apresurado— que, quien *haya dejado* todo, reciba *luego mucho más*? Quiere decir que, también para S. Lucas, más importante es la pobreza “en espíritu” (que consiste, como acaba de decir el P. Arrupe, en “...poner a disposición de todos *cuanto hemos recibido*”) que la pobreza “socioeconómica” meramente tal. Y por esta razón la Conferencia de Puebla, al hacer la opción preferencial por los pobres (los “socioeconómicamente” tales, nn. 1134 y ss.), habla también de la pobreza “cristiana”, exigida a todos los creyentes en Cristo y que por eso podemos llamar pobreza “evangélica” (nn. 1143-1152; véase lo que hemos dicho más arriba, en nota 15).

³² CG.32, Decreto 4, n. 48.

³³ Ibidem.

ocupaciones aparentemente más pastorales”³⁴. Por eso no deben permitir que, tras unos pocos años de trabajo científico, otros ministerios más atrayentes bajo algunos puntos de vista, vayan absorbiéndolos con merma de su dedicación intelectual. Y, por otra parte, por fidelidad a este mismo compromiso, deben mantener viva con no menor claridad, en su mente y en su corazón, la motivación expresamente evangélica y apostólica por la que lo aceptaron³⁵.

Y ahora preguntémosnos: ¿es posible que, arrastrados por la corriente de la vida y abandonando el frecuente repaso de la historia de la propia vocación, nuestra existencia se haya ido reduciendo a un profesionalismo de la investigación o de cualquiera otra tarea intelectual que ya no tiene que ver nada con el servicio del Evangelio y que, para nosotros mismos y para los demás, se ha vaciado de su contenido apostólico? En caso afirmativo, seamos conscientes de que, a menos que se produzca una realimentación de motivos en las fuentes iniciales de nuestro compromiso, ponemos en peligro nuestra vocación y, en todo caso, corremos el riesgo de hacernos apostólicamente estériles. Este esfuerzo de reempalmar con los orígenes ha de ser periódico, frecuente, incluso constante, como se ve en los ejemplos, antiguos y modernos, de jesuitas científicos o intelectuales universalmente reconocidos como apóstoles.

Concretamente: es indispensable que cada uno haya logrado y renueve sin cesar, de un modo muy personal, la integración de su actividad intelectual con su sacerdocio. Lejos de cualquier dicotomía interna, el sacerdocio debe vivificar nuestra vida intelectual incluso cuando ésta revista apariencias secularizadas en algunos aspectos.

8. Permanecer como “enviados en misión”

Como jesuitas, somos “hombres en misión”³⁶. Esta nota esencial vale para el apostolado intelectual lo mismo que para cualquiera otra

³⁴ CG.31, Decreto 29, n. 2. N. de la D.: el texto completo dice que “los jesuitas, destinados por sus superiores a este trabajo —científico—, que en cierto modo requiere a todo el hombre, entréguense a él con abnegación y fortaleza de ánimo. No se dejen llevar de la ilusión de poder servir mejor a Dios en otras ocupaciones al parecer más directamente pastorales. Ofrezcan toda su vida en este holocausto a la Divina Majestad; pero procuren no perder contacto con las demás actividades apostólicas de la Compañía de Jesús...”. Y por esta última razón, en Argentina, prácticamente todos nuestros investigadores y profesores tienen, al menos el día domingo, un apostolado sacerdotal en algún barrio cercano al lugar del trabajo intelectual.

³⁵ N. de la D.: “esfuércense también con todo empeño en mostrarse, en el mismo trabajo científico, verdaderos religiosos y sacerdotes (cuando lo son), no perdiendo de vista que lo realizan en sumisión a la verdad cristiana y en servicio del pueblo de Dios, y que contribuyen al testimonio de presencia de la Iglesia entre los hombres de la comunidad científica...” (ibidem).

³⁶ CG. Decreto 2, n. 14. N. de la D.: es la definición —o descrip-

forma de misión. También esta realidad corre peligro de verse erosionada por los años si no estamos muy en guardia. Ahora bien, un jesuita, por muy grande que sea su prestigio intelectual, por muy altos que sean los puestos que ocupe en el mundo científico o universitario, nunca debe perder la virtud de dejarse guiar. Por inmerso que esté en una tarea que parece exigirle toda su vida, tiene que mantenerse disponible³⁷.

Aceptemos todos con sencillez la voz de alerta de la Congregación General 32 cuando insiste tan enérgicamente en el sentido de misión.

9. Integrados en el cuerpo de la Compañía de Jesús

Quiero poner más de relieve aún el que la última Congregación General nos ha situado de nuevo en un contexto de “misión” en cuanto cuerpo apostólico. Con ello exige la integración del trabajo de todos y, consiguientemente, del apostolado intelectual bajo cualquier modalidad, en el cuadro apostólico de la Provincia, o, en todo caso, en el marco de la universal Compañía. Eso supone que todos, ocupados en actividades muy diversas, arriman el hombro a la carga común y se someten a la deliberación común en que se fijan y se articulan los compromisos apostólicos bajo la responsabilidad superior.

10. Caso del apostolado intelectual más personalizado

Lo dicho es tanto más importante cuanto algunos tendrán que desarrollar un apostolado intelectual en solitario, fuera de los centros de la Compañía. Ese tipo de apostolado puede responder perfectamente a nuestra vocación y a veces puede ser el único camino de acceso a determinadas especialidades. En ocasiones será indispensable para establecer contacto entre la Iglesia y esos medios. Sin embargo es necesario que destinos de ese tipo se den solamente tras un auténtico discernimiento espiritual del interesado y de sus propios superiores, y que éstos tengan en cuenta, al elegir a los que se proponen enviar, las relevantes dotes humanas y religiosas que para ello se necesitan. Es indudable que antes de multiplicar tales misiones a nivel de Provincia, se debe comparar con toda atención su valor apostólico en esas circunstancias concretas con las posibilidades apostólicas que ofrecen los centros de la Compañía. Hoy como ayer, más de un criterio de los señalados por las Constituciones para la selección de ministerio, están a favor de centros estables, que tengan gran radio de influencia y en

ción— que la CG.32 nos da del jesuita, y que vale de cualquier apóstol que sigue a Cristo: “...hombre enviado (en misión): y una misión que recibe inmediatamente del Sumo Pontífice y de los superiores religiosos, pero en último término del mismo Cristo, él mismo enviado por el Padre...”.

³⁷ N. de la D.: posteriormente el P. Arrupe escribió, a toda la Compañía de Jesús una carta sobre “la disponibilidad”, consecuencia obvia del “sentido de misión”.

los que se trabaje en equipo. También el Papa nos recordó el valor de las Universidades Católicas³⁸.

De todos modos, los que reciben la misión de trabajar intelectualmente en una modalidad más personalizada, no pueden quedar marginados de la Provincia, ni por culpa de ellos, ni por culpa de la Provincia. El Provincial debe dedicarles especial atención, sobre todo en los primeros años de ese ministerio. Debe quedar bien claro que su trabajo es una contribución que se integra en el esfuerzo común. Para ello debe haber contactos frecuentes, conocimiento mutuo y profundo, participación en el discernimiento común. Menos aún habrán de quedar aislados en el seno de la comunidad.

11. Fidelidad a la Iglesia que da la misión

Somos "hombres de misión"; pero misión *de Iglesia*, se entiende, aunque sean los Superiores de la Compañía los que envían. He citado más arriba las palabras de Pablo VI sobre nuestra Compañía llamándonos "enviados de la Iglesia" y aplicando muy especialmente este calificativo, aunque no en exclusiva, a las empresas de nuestro apostolado intelectual. Esto conlleva el que un jesuita intelectual, especialmente si se ocupa de la teología, debe tener, en el ejercicio de su justa libertad de investigación, un fino sentido de su responsabilidad de ser fiel a la Iglesia y conducirse en la práctica con responsabilidad. Este fue otro de los puntos que recalcó la Congregación General 32³⁹.

12. Equilibrio entre vida religiosa y sacerdotal

Unas palabras finales sobre el punto, ya tratado, del equilibrio

³⁸ Cfr. Discurso de Paulo VI a los Rectores y Presidentes jesuitas de las Universidades Católicas, 6 de agosto de 1975 (OR.VII [1975], n. 35, p. 4).

³⁹ N. de la D.: hay que distinguir entre libertad de "investigación" y libertad de "difusión", sobre todo entre gente sencilla, que no está preparada para entender el alcance de una investigación teológica en curso. Juan Pablo II, en su reciente viaje a Norteamérica, ha dicho a profesores de la Universidad Católica de Washington, que "la contribución del teólogo enriquecerá a la Iglesia *solamente* si toma en consideración la *función propia de los obispos* (de salvaguardia de la autenticidad cristiana, de la unidad de la fe y de la enseñanza moral) *y los derechos de los fieles...* *El fiel tiene derecho* (que la investigación teológica debe respetar) de no ser turbado por teorías e hipótesis sobre las cuales *no es capaz* de juzgar, o que pueden ser fácilmente simplificadas o manipuladas por la opinión pública para fines que están muy lejos de la verdad (el Papa ha dicho precedentemente que "la verdadera libertad académica ha de considerarse en relación con el objetivo final del trabajo académico, que mira a la verdad total de la persona humana")..." (cfr. OR. XI [1979], n. 44, p. 12 col. 1^a). Este respeto de los derechos del simple fiel era expresado por S. Ignacio en sus reglas para "sentir en la Iglesia" en estos términos (aplicados a un problema concreto de entonces, el de la predestinación): "así se hable que el pueblo menudo no venga en error alguno" (Ejercicios Espirituales 367; cfr. *ibidem*, 368-369).

de nuestra vida religiosa y sacerdotal en que debemos progresar. Los que son sacerdotes, decía la Congregación 31, "deben permanecer asociados a todos los demás sacerdotes en la unidad del sacerdocio ministerial para el servicio de los hombres"⁴⁰. Teniendo en cuenta que también hay hermanos que ejercitan el apostolado intelectual y jesuitas que hacen en él sus primeras armas antes de llegar a las órdenes, quiero precisar que la misma recomendación vale para ellos: unión estrecha con todos los que trabajan en el apostolado de la Iglesia.

Quiero decir una cosa que enseña la experiencia: el que progresa en su vida intelectual (de variedad profana o no profana) sin progresar simultáneamente en la profundización de su fe, se pone en peligro. Y de la misma manera, sin que pueda haber regla general dada la diversidad de necesidades y circunstancias, el mantenimiento del equilibrio de la vida sacerdotal del jesuita intelectual exigirá con frecuencia que tome alguna parte en un ministerio pastoral más directo o entre los más pobres⁴¹.

Finalmente, su vida ha de estar centrada siempre y de manera clara en la Eucaristía, sacramento en que se consuma la transformación del mundo a la que pretendemos colaborar tanto por la ciencia como a través de la acción⁴².

III — Conclusión

En resumen: no es este el momento de aflojar en el compromiso de la Compañía de Jesús con el apostolado intelectual. Ni lo fue después de la Congregación General 31 ni lo es después de la 32. Pero sí es el momento de discernir nuevos campos de aplicación de este apostolado. Es el momento de darle un estilo nuevo, en armonía con las exigencias de fe y justicia confirmadas por la última Congregación General. Es hora de superar los individualismos aislados. Es el momento de las obras interdisciplinarias y de la integración apostólica de todas nuestras tareas. Y añadiré que es también el momento de renovar la "misión" y el "sentido de la misión".

Para concluir, pido a los Superiores que, a la hora de planificar los ministerios cara al futuro, tengan muy en cuenta el apostolado intelectual.

⁴⁰ CG. 31, Decreto 23, n. 12: "Los sacerdotes de la Compañía de Jesús, dedicados a una actividad apostólica *principalmente en los campos de orden temporal*, unidos a los demás sacerdotes en el único ministerio presbiteral en favor de los hombres (cfr. Conc. Vaticano II, *Presbyterorum Ordinis* n. 8), esfuércense para que su sacerdocio impregne toda su actividad sobre todo por medio de la oración, del testimonio de su propia vida y por la Eucaristía, pues en esta última se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo (cfr. *ibidem*, n. 5), y por medio de ella los hombres y todas las cosas creadas son llevadas al Padre".

⁴¹ N. de la D.: véase lo que se dijo más arriba, nota 34.

⁴² CG. 31, Decreto 23, n. 12 y CG. 32, Decreto 11, n. 35.

Pido también a los jóvenes jesuitas con cualidades para ello que se muestren disponibles y se sometan de buen grado a esa lenta preparación que sólo fructifica a largo plazo, prontos a abrazar una vida de paciencia y, sobre todo, de fe. Que los responsables de la formación los apoyen y acompañen en ese esfuerzo.

Y por último, a todos aquellos que ya hace años apostaron su vida a este apostolado y en él la consumen investigando, enseñando, o en cualquiera otra forma de presencia entre los intelectuales, les pido que vuelvan los ojos a las fuentes de su compromiso; que descubran cada vez las motivaciones de entonces, si fuese necesario, y que logren ese estilo nuevo de apostolado intelectual que quiere la Congregación General 32. Y si las incomprendiones les hubiesen sumido en la amargura⁴³, busquen en el Señor fuerza para superarla, animados por el aliento apostólico de la última Congregación General. Renovándose así, a partir de la propia vocación, su abnegada vida, encauzada ya en la línea sin posibilidad de retorno, adquirirá nueva fecundidad. Será un valioso ejemplo y el aliento que necesitan los jóvenes para embarcarse en una vida cuya austeridad no se les oculta. Pero el mejor ejemplo será siempre el de una fraterna unión con los demás jesuitas que se ocupan en otros apostolados y se mueven en medios diferentes.

Doy la última mano a esta carta en el momento en que el mundo entero se dispone a celebrar la Navidad. Que el Verbo de Dios nacido entre los hombres sea la verdadera luz que ilumina nuestro trabajo, la Sabiduría que guía nuestra palabra, la presencia que habita en nuestro corazón.

⁴³ N. de la D.: hay dificultades que son señal de que el Señor no quiere que sigamos por ese camino (como las que experimentó San Pablo con los judíos de su tiempo, cfr. Hch. 13,45-50; 14,2.5.19, etc.); y otras dificultades, en cambio, el Señor las permite para luego ayudarnos a vencerlas (como el mismo S. Pablo ante las dificultades que le presentaban los gentiles pues en ese momento "el Señor le dijo durante la noche en una visión: No temas, sigue hablando y no calles, porque yo estoy contigo... ", Hch. 18,9-10). La "amargura", nacida de las "incomprendiones" de los demás, no es, en general, señal de que hay que cambiar, sino por el contrario dificultad que hay que superar (cfr. Ejercicios Espirituales 315: "en las personas que van ... de bien en mejor subiendo, es ... propio del mal espíritu poner impedimentos con falsas razones, para que no pase adelante..." en lo que está haciendo).

IDENTIDAD DEL RELIGIOSO E INSERCIÓN EN LOS PUEBLOS

(Cristocentrismo e Inculcación)

por D. GIL, S.J. (Montevideo)

Nuestros escritos teológicos discurren siempre al interior de un diagnóstico programático del tiempo y la sociedad para la cual escribimos. Este escrito se basa en el diagnóstico de Pablo VI sobre la fricción y ruptura entre culturas actuales y fe cristiana (*Evangelii nuntiandi* n. 20). Ese drama es vivido con argumentos históricamente muy singulares en América Latina, y nuestros episcopados nos lo han descrito y nos han orientado, a Dios gracias, en la III Conferencia que recientemente se reunió en Puebla. Los ejes estructurales del documento final son *historia, pueblo y cultura*; y gran parte de la conflictividad está polarizada contra el *secularismo*.

En este ambiente nos preguntamos por el fundamento eclesial cristocéntrico de nuestra misión de religiosos en la evangelización presente y futura de los pueblos de América Latina. Vamos a recordar entonces: (I) que el destinatario de la evangelización es el hombre en su totalidad personal y social, totalidad que históricamente aparece como *pueblo*. La tarea evangelizadora es prolongación de la misión del Hijo encarnado; por eso debemos proclamar sus caracteres *filiales*, sí, pero siempre impresos en nuestra *carne* humana. (II) Por otra parte esos caracteres filiales admiten diversos modos de participación, y los *religiosos* re-editamos, no todos los aspectos, sino la *figura extrema* de la existencia humana de Jesús. (III) Finalmente veremos qué problemas nos plantea hoy el dinamismo de la doble *fidelidad* al escándalo escatológico de Cristo y a la entraña auténtica de nuestros pueblos.

I — Trinidad y pueblo: alianza en Cristo

El Padre quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad; quiere realizarlo llevándonos a El no individualmente, sino formando un Pueblo reunido en la unidad trinitaria. Para llevarnos a El como Padre es necesario que seamos hechos hijos en el Hijo; y para que formemos un Pueblo unido en comunión con el Padre y el Hijo es necesario que el Espíritu nos reúna en un "nosotros" muy especial.

La Iglesia toma pues origen en la voluntad del Padre y es realizada por el Espíritu incorporándonos al Hijo encarnado, para participar en la comunión intratrinitaria: ahora en la historia, en la fe, esperanza y caridad; después en la gloria de la visión eterna.